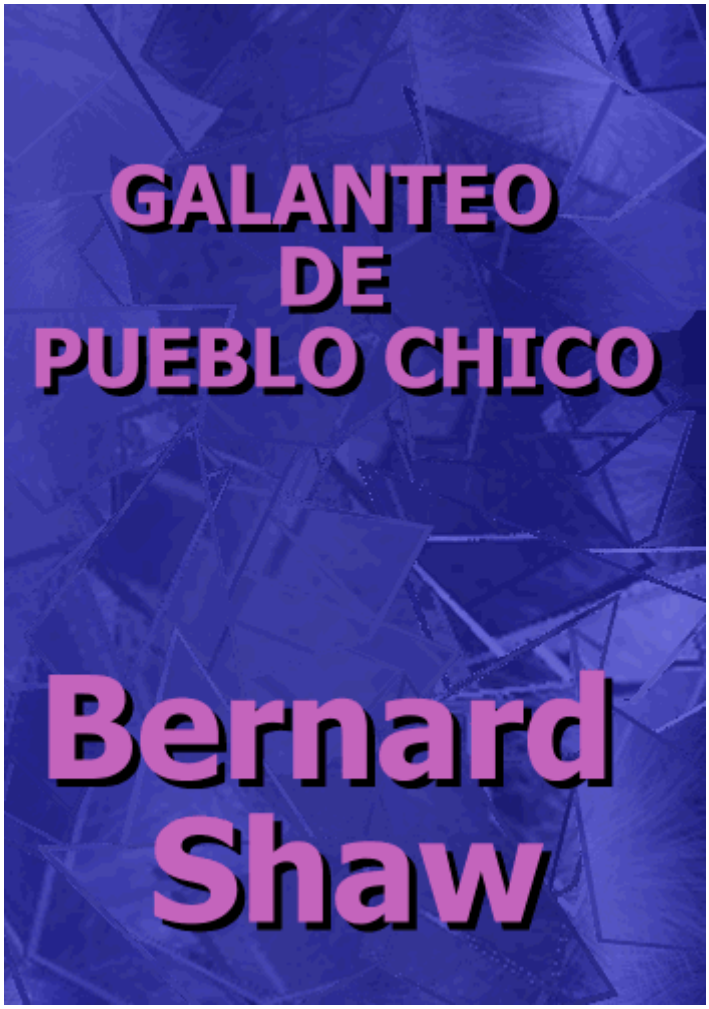
LIBRO dot.com

GALANTEO DE PUEBLO CHICO

Comedieta para dos voces

1933

Bernard Shaw



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

Primera Conversación

Segunda Conversación

Tercera Conversación

PRIMERA CONVERSACIÓN

Cubierta de descanso del "Emperatriz de Patagonia", un barco de paseo. Una de las sillas tijeras está ocupada por A, un caballero pálido y de aire intelectual, de menos de cuarenta años, con anteojos verdes, una fláccida barba negra y un traje tropical de seda blanca, quien está escribiendo y no quiere que lo molesten, y por Z, una joven presentable pero no aristocrática, a la cual aburre su libro. Se ha desvestido para bañarse, pero está cubierta muy recatadamente con una bata no muy llamativa.

Z. - Perdón. ¿Podría decirme la hora?

A.- *(con tono lacónico).* - Las once.

Z. - En mi reloj, son las diez y media.

A. - Los relojes fueron adelantados media hora, anoche. Vamos hacia el este.

Z. - Siempre he creído que acrecienta el interés de

un viaje tener que adelantar el reloj.

A. -Me alegro de que usted se interese tan fácilmente.

(Vuelve a escribir, con aire decidido.)

Z. - El camarero traerá la sopa dentro de media hora. Creí que nos veríamos obligados a esperar una.

A. - No acostumbro comer la sopa. Interrumpe mi trabajo.

Z. -¿Por qué trabaja sin cesar? Eso no es lo más usual en un crucero de placer... ¿no le parece?

A. - El trabajo es mi único placer.

Z. - Oh ... Eso no es sensatez ... ¿verdad? Me fastidia verlo sentado ahí escribiendo, sin divertirse nunca, sin tomar una sola gota de sopa. Usted debería levantarse y jugar un partido de tejos en la cubierta: se sentiría mucho mejor después de eso.

A. - Me siento perfectamente, gracias. Y detesto los juegos de cubierta, sobre todo los tejos. El martilleo de esos estúpidos objetos sobre la cubierta destruye el silencio del barco.

Z. - ¡Ah! Comprendo. Es por eso que usted elige este extremo de la cubierta. Me había preguntado más de una vez el porqué.

A. - En estos quince últimos días, usted ha inspeccionado las inestimables antigüedades de Nápoles, Atenas, Egipto y la Tierra Santa. Por favor, ocupe su cerebro con esas cosas hasta que

llegue la sopa.

Z. -Nunca me ha interesado mucho la geografía. ¿Dónde estamos, ahora?

A. - En el Mar Rojo.

Z. - Pero es azul.

A. - ¿Cómo esperaba verlo?

Z. -Bueno, yo no sabía de qué color podía ser el mar en estos lugares. Siempre me imaginé que el Mar Rojo era rojo.

A. - Pues no lo es.

Z. - ¿Y no es negro el Mar Negro?

A. -Es, exactamente, del color del mar en Margate.

Z *(con ansiedad).* -Oh... ¡Cuánto me alegro de que usted conozca Margate! No hay un lugar comparable en esta temporada... ¿verdad?

A. - No lo sé. Nunca he estado allí.

Z. - *(decepcionada).* - Oh, pues debiera ir. Podría escribir un libro sobre eso.

A (se estremece y finge escribir de firme). - !

(Pausa.)

Z. - Me pregunto por qué lo llamarán el Mar Rojo.

A. - Porque sus antepasados lo llamaban así. ¿Por qué llama usted América a América?

Z. -Bueno, porque es América. ¿De qué otra manera podría llamarse?

A. -Oh, llámelo como quiera, mi estimada señora; pero tengo que escribir quinientas palabras antes del almuerzo y no puedo hacerlo si hablo con usted.

Z *(con aire comprensivo).* - Sí. Es horrible tener que hablar con la gente... ¿verdad? ¡Ah! Eso me recuerda una cosa: tengo algo realmente interesante que decirle. Creo que el hombre del camarote contiguo al mío le pega a su mujer.

A. -Tengo ganas de hacer lo mismo. Hay mujeres que incitan a los hombres a golpearlas.

Z. -Pero reconozco que es siempre ella quien empieza.

A. - No cabe duda.

Z. - Odio a los que fastidian. ¿Y usted?

A. -Su privilegio de mujer es tener la última palabra. Por favor, úselo y no termine todas sus observaciones con una pregunta.

Z. - ¡Qué gracioso es usted!

A. - ¿De veras? Nunca me he sentido menos gracioso en mi vida.

Z. -No lo entiendo. Por lo general, entiendo bastante bien a la gente; pero a usted no logro comprenderlo ni por asomo.

A. -No estoy aquí para que me entiendan. Usted no está aquí para entender a la gente, sino para divertirse con los pasatiempos por los cuales ha pagado. El tenis de cubierta, los tejos, el golf, la piscina de natación, el gimnasio, todo la invita.

Z. -No sirvo para los juegos; además, son tontos. Prefiero quedarme sentada y hablar.

A. -Entonces, por amor de Dios, hable con otro. Yo no tengo tiempo para hablar. Tengo que ganarme el pasaje.

Z. -¿Qué quiere decir con eso? Usted no es marinero.

A. -No. Me gano a duras penas la vida a bordo escribiendo la Serie de Marco Polo de los Chatty Guide Books. A menos que escriba dos mil palabras diarias, estoy en quiebra. No puedo completarlas si usted insiste en hablarme.

Z. - ¿Conque escribe un libro de este crucero?

A. - Trato de hacerlo ... con grandes dificultades.

Z. - ¿Figuraré en él?

A (*ceñudo).* -Sí.

Z. - ¡Qué emocionante! Nunca he figurado en un libro hasta ahora. ¿Me leerá lo que ha escrito sobre mí?

A. - Cuando el libro esté publicado, podrá leer eso allí a sus anchas.

Z. - Pero me gustaría que usted me conociera bien. Después de todo... ¿qué sabe sobre mí? Le contaré toda mi vida, si quiere.

A. - ¡Oh, Dios mío! No. Le ruego que no lo haga.

Z. - ¡Oh, no me importa quien lo sepa!

A. - Evidentemente. Usted no le ofrecería contárselo a un perfecto desconocido si le importara o si eso tuviera el menor interés.

Z. - Oh... Yo nunca lo consideraría a usted un

desconocido. Aquí estamos en el mismo barco... ¿no le parece? Y a la mayoría de la gente mi vida le parecería muy romántica. ¿De veras que no quiere oírla?

A. - No, se lo aseguro. Cuando quiero relatos románticos, los invento yo mismo.

Z. - Oh, eso quizás no le parecería maravilloso. Pero para mí fue todo un deleite. Usted acaso

crea que, por que visto bien y viajo en barcos de lujo y todas esas cosas soy una dama culta. Pero no lo soy.

A. - No supuse por un solo momento que lo fuese.

Z. - Pero... ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo lo descubrió?

A. - No lo descubrí. Lo sabía.

Z. - ¿Quién se lo dijo.

A. - Nadie.

Z. - Entonces ... ¿cómo lo sabía?

A (*exasperado).* - ¿Cómo sé que un loro no es un ave del paraíso?

Z. - Son distintos.

A. - Precisamente.

Z. - Pues ya lo ve. Pero. .. ¿por quién me tomaría usted si me encontrara en un vagón de tercera?

A. - No me fijaría en usted.

Z. - Apostaría a que sí. Quizás yo no sea una beldad; pero cuando entro a un vagón de ferrocarril, todos los hombres me miran.

A. - Yo no soy un hombre cualquiera. Un hombre cualquiera cree que cualquier mujer que sube a un vagón de ferrocarril puede ser la mujer que busca. Pero siempre se desengaña.

Z. -Lo mismo sucede con las mujeres... ¿no le parece? Si usted fuera una mujer, lo sabría.

A. - Soy una mujer; y usted es un hombre, con una ligera diferencia que sólo importa en ocasiones especiales.

Z. -¡Qué cosas dice usted! Yo nunca podría creer eso. Sé, desde luego, que los hombres tienen sus debilidades y sus arrebatos; pero, de todos modos, del hombre siempre se puede arrancar algo de maravilloso que no se puede extraer de una mujer. ¿No lo cree así?

A. - Los hombres inexpertos creen que pueden obtener de una mujer algo maravilloso que no se puede conseguir de un hombre. De ahí muchos matrimonios desdichados.

Z. - ¿Es usted casado?

A. - Viudo. ¿Y usted?

Z. - Oh, es la primera vez que usted me pregunta algo. Estamos progresando... ¿no le parece?

A. - No. Yo no progreso con mi trabajo. Z. - Usted es un intelectual... ¿verdad?

A. - ¿Qué cree entender por intelectual?

Z. - Sólo que usted me considera una idiota y que, probablemente, fue un mal marido.

A. - Tiene razón en ambas cosas.

Z. - Me lo imaginaba.

A. - Y ahora, por favor... ¿puedo continuar con mi trabajo?

Z. - Hágalo. No lo molesto.

A. - Gracias.

(Pausa.)

Z. - ¿Qué libros me recomendaría leer para mejorar mi espíritu?

A *(grita furiosamente).* - ¡Camarero!

Z. - Oh... Usted no debiera molestar al camarero, ahora. Está atareado preparando la sopa.

A. -Quiero que lleve mi silla al extremo más lejano de este barco.

Z. -Siempre he opinado que el aire es más fresco bajo el toldo del otro extremo. Usted no tendrá inconveniente en que yo también me traslade allí ... ¿verdad?

A. -Si me sigue persiguiendo, me tiraré al agua. ¿No comprende que quiero quedarme solo para trabajar y que su charla me lo impide?

Z *(con aire comprensivo).* - Es fastidioso que alguien le hable a uno sin cesar cuando uno no quiere hablar. Pero resulta igualmente lamentable querer hablar y que la otra persona no quiera... ¿verdad?

A. - En esta nave, hay trescientas o cuatrocientas personas. ¿No podría encontrar a alguna con la misma insaciable sed de conversación que usted?

Z. - Pero... Todos tenemos que hacernos agradables. ¿No le parece?

A. - Pero no a expensas de los demás. En este momento, usted no se me hace agradable: me enloquece.

Z. - Mi padre solía decir que los hombres y las mujeres se enloquecen siempre mutuamente.

A. - Eso suena a literario. ¿Era su padre un hombre de letras?

Z. - Sí: creo que sí. Era cartero.[1]

A. - ¿Qué?

Z. - Cartero. Cartero de pueblo.

A. - ¡Ja, ja, ja!

Z. - ¿Qué tiene de gracioso eso?

A. -No lo sé. ¡Ja, ja!

Z. -Bueno, me alegro de haberlo hecho reír. Pero no creo que haya sido usted muy cortés al reírse de mi padre.

A *(ceremoniosamente, reponiéndose).* - Tiene razón.

He sido grosero. Pero reír bien vale para mí cien libras. Me siento un hombre distinto. Perdóneme. Le diré... Usted ha citado una observación de su padre -casi un epigrama- que sugiere que debió de ser un hombre de genio.

Z. -Pues lo era. Tenía genio para caminar.

A. - ¿Para qué?

Z. - Para caminar. Cuando era niño, ganó un premio como Niño Andarín. Y... ¿me creerá usted? ... Mi madre era tan casera que le fastidiaba salir a hacer las compras en el mercado. Cuando nos pusieron teléfono, no volvió a salir.

A. -Es curioso. Como ella nunca salía y él nunca entraba, esa casa debió de ser muy tranquila; pero esa observación de su padre acerca de que los hombres y las mujeres se enloquecen mutuamente sugiere lo contrario.

Z. - Y era lo contrario. Ella se quejaba siempre de que estaba sola; y él la incitaba siempre a hacer más gimnasia. Cuando no reñían por eso, reñían por mí. Tenían grandes ambiciones para mí. Mamá quería que yo fuera mucama en una gran casa: papá, que fuese telefonista. Decía que las casas grandes no tienen futuro y que, en cambio, los teléfonos tienen un gran futuro.

A. - ¿Y usted? ¿No tenía ambiciones, personalmente?

Z. - Oh, quería ser algo romántico, como una acróbata de circo.

A. - ¿Y qué sucedió, en realidad?

Z. - Fui vendedora y operadora del teléfono en la tienda del pueblo.

A. - ¿Ganan lo suficiente las vendedoras y telefonistas ... ?

Z. - Operadoras.

A. - Perdón: operadoras. ¿Ganan lo suficiente para dar la vuelta al mundo en barcos de lujo?

Z. - No. Yo gané el primer premio en un concurso periodístico. Mi madre quería que ahorrara el dinero: dijo que eso me ayudaría a encontrar a un marido económico. Mi padre me dijo que lo gastara mientras tenía oportunidad de hacerlo. "Serás pobre durante toda tu vida, pero ahora tienes la oportunidad de vivir con un ritmo de cinco mil libras anuales durante cuatro meses -me sugirió-. No te lo pierdas. Verás cómo es eso. Vive a tus anchas. Porque eso nunca podrán

[1] Hay aquí un juego de palabras intraducible entre "man of letters" (hombre de letras) y "letters", cartas.

quitártelo." Su plan era una gira a pie, pasando la noche en los mejores hoteles; pero elegí el barco porque es más elegante y porque hay más gente que ver en él. Además, puedo caminar todo lo que quiera por la cubierta. Cuando concluya el viaje, volveré al pueblo sin un centavo.

A. - ¿Han descubierto aquí que usted no es una dama?

Z. - Los norteamericanos no advierten la diferencia. Creen que mi conversación telefónica es aristocrática. Y los ingleses, de todos modos, no hablan con nadie. Y muchos de ellos son como yo.

A. - Bueno... ¿Y le gusta vivir al ritmo de cinco mil libras anuales? ¿Vale la pena?

Z. - Mientras dura la novedad. Le diré... Cuando

una está en casa, se cansa de hacer lo mismo durante todo el día. ¡Los mismos lugares, las mismas caras, la misma ronda de siempre! Cuando tiene vacaciones, puede meterse en un abarrotado y caluroso tren de excursión que va a la playa y sentirse cansada e infeliz nada más que para cambiar; y haría cualquier cosa para cambiar. Pero aquí una tiene cambio constante hasta que comienza a comprender qué significa un hogar estable y hallarse donde le corresponde estar. No lamentaré volver a la tienda y al teléfono. A veces, me siento como un perro extraviado. En otras ocasiones, esto parece un estúpido derroche de dinero. Y detesto el derroche.

A. - Eso, es un rasgo muy atrayente de su carácter. Mi esposa acostumbraba derrochar mi dinero. Aférrese a eso y se casará en un abrir y cerrar de ojos.

Z. - Oh, me han sobrado proposiciones matrimoniales. Pero es terrible ser la esposa de un hombre pobre cuando una está habituada a un empleo decente. ¡He visto a tantas muchachas alegres y despiertas que se convertían en unas viejas y sucias dueñas de casa al casarse!

A. -No le tenga miedo a la mugre. El mío es un trabajo limpio; pero a menudo querría tener uno sucio en qué ejercitarme y mantenerme sano. Las mujeres gustan tanto de los cuellos limpios que convierten a sus hijos en empleados de oficina cuando serían más vigorosos y ganarían más como peones. Ojalá yo fuese peón en vez de escribir libros de turismo.

Z. - ¿Y qué se lo impide?

A. - No estoy habituado al trabajo manual. Media hora de trabajo manual y tendría ganas de morirme. Y cinco minutos de mi trabajo provocarían una huelga entre los peones. Sólo soy una máquina de escribir, así como un peón es una máquina de cavar la tierra.

Z. - No creo que el mundo esté bien construido. ¿Y usted?

A. - Tenemos que aceptar el mundo tal como lo encontramos. Somos nosotros los que no estamos

bien construidos.

Z. - Eso es lo que quiero decir. Bueno, supongo que

no debo interrumpir su trabajo.

A. -Querrá usted decir que el camarero llega finalmente con la sopa.

Z. - ¿Acaso no son las once y media?

(El camarero llega con la sopa y se la ofrece a Z, quien la aferra ávidamente; luego, se la tiende a A.)

A. - No, gracias. Sopa, no.

(Se concentra en su tarea, sin ser molestado. Ella, se concentra en la sopa.)

SEGUNDA CONVERSACIÓN

Una despensa y correo de pueblo chico en los Wiltshire Downs, en una hermosa mañana de verano. El mostrador, en casi toda su extensión, está dedicado a la venta en general: pero uno de sus extremos se halla reservado y limitado por una barandilla para atender las tareas postales. Hay un par de sillas para los clientes. Entre las mercaderías figuran cerveza de jengibre en porrones, tabletas de chocolate de leche, potes de vidrio con dulces que contienen (entre otras cosas) almendras azucaradas, todo ello sobre el mostrador; queso, manteca y pan Hovis al alcance de la balanza; y, delante del mostrador, una bolsa de manzanas en el suelo y varias bolsas colgadas de los cabrios.

Z *(invisible).* - Tres, nueve... Perdón: no hay tal número. ¿Con quién quiere hablar? ¿Con el doctor Byles? Uno, cinco. Ya está despachado.

(Entra A. Viste traje de andarín, con un bastón y alforjas, pero con unos elegantes pantalones cortos -mas no de golf- en vez de shorts. Al ver que nadie lo atiende, golpea ruidosamente sobre el mostrador con su bastón y sale Z.)

A. - Quiero un paquete de chocolate de leche...

Z. - Muchas gracias.

A *(continuando)* -…un par de manzanas duras ...

Z. - Muchas gracias. *(La vendedora sale de detrás del mostrador para sacarlas de la bolsa.)*

A (continuando) -…un cuarto de kilogramo de queso Cheddar...

Z. -Muchas gracias.

A. - No me interrumpa. Podrá expresar su gratitud por el pedido cuando yo haya terminado. Un cuarto de kilogramo de su mejor manteca, una hogaza pequeña de Hovis y dos peniques de almendras azucaradas.

Z. - ¿Algo más?

A. - No, gracias.

Z. - Muchas gracias. *(Vuelve a instalarse detrás del mostrador para cortar y pesar la manteca y el queso.)*

(A se sienta a observar los hábiles pero lentos gestos de la muchacha.)

A. - ¿Venden ustedes canastos?

Z. - Vendemos de todo. ¿No sería mejor que se llevara una bolsita con cuerda? Es más cómoda; y no ocupa casi lugar cuando está vacía.

A. - ¿Qué es una bolsita con cuerda? Muéstreme una.

Z *(saliendo de detrás del mostrador y descolgando* una).-esta es la más barata. ¿O prefiere una de mejor calidad, con cierre relámpago?

A. -No, por cierto. Me daría el trabajo de abrirla y cerrarla y la preocupación de preguntarme si se abrirá o cerrará, sin ninguna ventaja compensatoria.

Z. - Eso es propio de usted. No ha cambiado nada.

A. - ¿Qué quiere decir con eso? Estoy en esta despensa desde hace dos minutos, apenas. ¿Por qué habría de cambiar en ese tiempo?

Z. -Discúlpeme. No debí mencionarle eso. ¿Comprará usted una bolsita con cuerda?

A. - Sí.

Z. - Muchas gracias. ¿Le guardo en ella el resto del pedido?

A. - Naturalmente. ¿Para qué cree que la compro? ¿Tiene cuajada?

Z. - Lo siento. No la vendemos.

A. - ¿Cerveza de jengibre?

Z. - Sí. Tenemos una cerveza local muy buena.

A. - Ponga una botella en la bolsita con cuerda.

Z. - Muchas gracias.

A. - ¿Cuántas veces diarias dice usted muchas gracias?

Z. - Depende del número de pedidos.

Librodot

A. - No me lo vuelva a decir, si no tiene inconvenientes. Me irrita los nervios.

Z. - Al principio, me irritaba los míos. Pero estoy habituada a ello.

A. - ¿Tiene una guía de este pueblo?

Z. - Lo siento. Hay un folleto en la iglesia, escrito por el vicario. Se paga dejando dos peniques en la caja. Perdón; pero hay chocolate de dos peniques, de seis peniques y de un chelín. ¿De qué tamaño lo quiere?

A. - Llevaré uno de un chelín.

Z. - Muchas gracias.

A. - No me diga eso.

Z. - Perdón: no puedo evitarlo. Lo digo sin pensarlo; como cuando se toca un timbre. (*Suena el teléfono.)*

A. - Alguien ha tocado el timbre.

Z *(entrando en el compartimiento destinado al correo*). - ¿Qué número, por favor? Whitehall uno dos uno dos. Lo llamaré. Whitehall uno dos uno dos. Sí. *(Reaparece.)* Era un llamado de la policía.

A. - No necesita indicarme la información. No soy el delincuente.

Z. - Oh ... No se trata de un delincuente, sino de alguien que, según la radiotelefonía, ha desaparecido. Usted sabe cómo son esas cosas. Ha desaparecido de su casa desde el primero de enero. Lo vieron por última vez en el "Emperatriz de Patagonia" hablando con una mujer. Sufría de amnesia.

A. - ¡Qué cosa extraord... ! *(Vuelve a sonar el teléfono.)*

Z. - Discúlpeme. *(Desaparece.)* Está comunicado con Whitehall. *(Reaparece.)*

A. - Ha dado usted con una coincidencia extraordinaria. Me pregunto si me creerá cuando le diga que, en enero, yo estaba sentado sobre la cubierta de un barco llamado "Emperatriz de Patagonia" y hablaba con una mujer... o, mejor dicho, una mujer me hablaba a mí. ¡Cómo hablaba esa mujer!

Z. - ¿Y usted padece de amnesia?

A. - No, por cierto. Nunca olvido nada.

Z. - ¡Oh! Entonces, no puede ser usted... ¿verdad?

A. - ¡Verdad! Esa mujer siempre terminaba las frases diciendo "¿verdad? ¿no es así? ¿no es eso?", de modo que uno tenía que contestarle por mera cortesía. Tenga cuidado de que no se le contagie ese hábito o la asesinarán el día menos pensado.

Z. - Hay gente así. Eso armoniza a menudo con los ojos anaranjados. *(O cualquier otro color que tengan los ojos de ella.)* ¿Se fijó usted en el color de sus ojos?

A. -No: nunca me fijo en esas cosas. No soy pesquisante. Lo que me impresiona es el carácter de la gente: no podría decirle a usted de qué color eran los cabellos de esa mujer o la forma de su nariz; pero sí que era muy fastidiosa. ¿A cuánto asciende todo esto?

Z. - La La bolsita de cuerda, seis peniques, el chocolate, un chelín; o sea un chelín con seis peniques. La cerveza de jengibre es...

A. -Ahórreme los detalles. ¿Bastan en total diez chelines?

Z. - Oh, sí, naturalmente. Usted no debiera ser tan negligente con el dinero.

A *(dándole un billete*). - Oh, no me predique. Tome y déme el vuelto.

Z. - Veamos. Dieciocho peniques, y cuatro peniques por la cerveza de jengibre, es un chelín y diez peniques... ¿no es así?

A. - ¿Acaso lo he negado?

Z. -El queso, tres peniques: dos y un penique; la manteca, seis peniques: dos y siete peniques: en cuanto a las manzanas, las vendemos por kilogramo. ¿No sería mejor que se llevara un kilogramo?

A. - ¿Cuántas entran en un kilogramo?

Z. - Tres.

A. -No puedo comer más de dos manzanas por vez. Cóbreme un kilogramo y cóbrese la que sobre.

Z. - Bueno, digamos tres peniques por dos: eso significa dos y diez peniques... ¿verdad?

A. -No lo sé.

Z. - El Hovis, dos peniques y medio. Tres chelines y medio penique. ¿Tendría medio penique si le doy cinco peniques y medio en cobres?

A. - Detesto los medios peniques: siempre los tiro. Espere, tengo uno. Sírvase.

Z.- Muchas gracias. *(tendiéndole a A su vuelto moneda teas moneda.*) Tres, cuatro, cinco, seis y siete, diez. Muchas gracias.

A.- *(guardándose el vuelto, pero quedándose cómodamente sentado).* - ¿No la aburre mucho pasarse el día en esta despensa de pueblo dando las gracias durante todo el día?

Z. - En realidad, dondequiera esté uno hace lo mismo durante todo el día y todos los días... ¿verdad? La única manera de olvidarlo es vivir en el mismo lugar y conservar el mismo empleo.

Librodot

Entonces, uno nunca necesita pensar en eso. Así es como vive aquí la gente; y vive mucho tiempo; ochenta años de edad no es mucho decir en este pueblo. El abuelo cumplirá ciento dos en agosto. Eso, se debe a que nunca tuvo que preocuparse de lo que haría o adónde iría. Se limita a imaginarse cosas. Es la única manera de ser feliz y de vivir mucho tiempo.

A. -Pero si su imaginación sólo contiene un pueblecito debe ser bastante pelada. ¿Le gustaría vivir en una habitación donde sólo hubiese una silla?

Z. -Si usted sólo puede sentarse en una silla... ¿para qué quiere más de una? En el castillo hay treinta y seis, de tal o cual tipo, en la enorme sala; pero la castellana sólo puede ocupar una. . . ¿no le parece?

A *(señalando la silla desocupada*). -¿Puedo insinuarle que ocupe ésta mientras conversamos?

Z *(sentándose).* - Muchas gracias.

A. - Confío en no interrumpir su trabajo. Nada enloquece más que el hecho de que a uno le hablen cuando quiere trabajar.

Z. - Hablar forma parte del trabajo en una despensa de pueblo.

A. - Dígame. ¿Usted suele leer?

Z. - Solía leer libros de viajes y de turismo. Coleccionábamos la serie de Marco Polo. Me enloquecía viajar. Soñaba despierta con la gloria de Grecia, la grandeza de Roma y todas esas tonterías.

A. - ¡Tonterías!

Z. - Supongo que yo no debiera llamarlas así: pero eso concluyó cuando fui a Roma y a Atenas. Ambas ciudades me parecieron muy bien: pero sus partes más antiguas estaban en ruinas y no pude ver allí ninguna gloria o grandeza distintas de Cheltenham. Me alegró volver a mi país. ¡Y ansiaba tanto encontrarme con el hombre de la serie de Marco Polo y pasearme con él, por las ruinas a la luz de la luna y oírle hablar de eso!

A. - ¡El hombre de la serie de Marco Polo! ¡El lechero, el cartero, el vendedor de panecillos, el hombre de la serie de Marco Polo! Algún poeta fracasado que se gana el pan citando versos capaces de evocarles el Llamado del Oriente a las telefonistas soñadoras.

Z. - Las operadoras.

A. - Las operadoras no sueñan. ¡Las muchachas, las muchachas del dorado Occidente! ¿Nunca le evocó ese pobre diablo el Llamado del Oriente?

Z. - Leí eso en las novelas y lo vi en las películas. Todas se referían a melancólicos borrachos y

sheiks y a muchachas que se vuelven chifladas por ellos. Di la vuelta al mundo para conocer la realidad. Bonitos lugares, desde luego. ¡Pero el calor y los mosquitos y los olores! ¡Los viajes sólo destruyeron al mundo tal como yo me lo imaginaba! A mí, que me den siempre este pueblo.

A- ¿No ¿No sintió emoción al detenerse en algún sitio donde un poeta dijera "Detente: estás hollando el polvo de un imperio"?

Z. - Habrá sido un guía. Esos extraen poesía de cualquier cosa; y uno piensa sin cesar en lo que debiera darles. Si usted se imagina el polvo de los imperios y todas esas cosas, valdría la pena de que se encontrara con nuestro vicario y lo hiciese hablar de nuestras piedras y túmulos. Cada grano de polvo, dice, está lleno de historia. Supongo que sucederá lo mismo en todas partes.

A. - ¿Es usted casada?

Z. -No. ¿Por qué? ¿Tiene intenciones?

A. -No se precipite. Hace menos de diez minutos que nos conocemos.

Z. - ¿Cree que me conocerá mucho mejor cuando hayamos conversado durante veinte años?

A. - Eso es muy cierto. Pero tengo que pensarlo.

Z. - Nadie se casaría si lo pensara. Hay que correr el albur, por más que uno lo piense.

A. - Usted tiene prisa.

Z. - Ya he franqueado la edad en que se casan aquí las muchachas, aunque soy lo mejor de este pueblo. Eso se debe a que he meditado sobre todas las proposiciones que me hicieron. Por eso, he resuelto aceptar al próximo hombre que quiera casarse conmigo, siempre que sea razonablemente adecuado.

A. - ¿Le parezco yo razonablemente adecuado?

Z. -Creo tener el tipo de sentido común que le conviene. Y como usted es viudo, sabe qué puede esperar de una mujer. Un inexperto lo espera todo.

A. - ¿Cómo sabe que soy viudo?

Z. -Usted me lo dijo.

A. -¿Yo? ¿Cuándo?

Z. -Tanto da. Me lo dijo. He notado que usted

tiene mala memoria; pero la mía es muy buena: de manera que eso lo soluciona todo.

A. -Un momento. Un momento. Todavía no me he hecho pasible de una acción por violación de promesa matrimonial.

Z. -No tema. No soy de ésas. Aquí, no consideramos eso un proceder respetable.

A. - ¿Obtendré algún dinero con usted? ¿Es dueña de la despensa?

Z. -No. El único dinero que tuve alguna vez me lo gasté en un viaje alrededor del mundo. Pero la señora Ward está envejeciendo demasiado para los negocios: no podría administrar ahora la despensa sin mí. Si usted pudiera proporcionarle una renta vitalicia, ella la vendería.

A. - No sé cuanto cuestan las rentas vitalicias.

Z. - Encontrará eso en el almanaque de Whitaker.

A. - Esto es bastante decepcionante. No sé por qué, siempre he dado por sentado que, cuando vuelva a casarme, será con una mujer de dinero.

Z. - Oh, eso no le convendría. Ella querría gastarlo todo en vida social y viajes. ¿Cómo podría soportar usted esa vida? ¡Usted, que nunca le habló a nadie a bordo y que no quería participar en los juegos y bailes! Cuando se divulgó que usted era el hombre de la serie de Marco Polo -el hombre de nuestros sueños, por así decirloaposté a que le haría hablarme y me costó mucho trabajo conseguirlo.

A. - ¿Insinúa que ya nos hemos encontrado antes? ¿Que usted figuraba en ese viaje alrededor del mundo?

Z. - Claro que sí. Pero usted nunca nota nada. Siempre lee o escribe. El mundo no existe para usted. Nunca me ha mirado de verdad. Usted es tímido con los extraños... ¿no es así?

A. -Estoy segurísimo de no haber hablado nunca con ninguna mujer a bordo de ese barco. Si hablo con mujeres, ellas siempre quieren casarse conmigo.

Z. -¡Pues ya lo ve! Apenas lo vi, me dije: "Ese es el hombre que me conviene como marido." Habría dicho eso aunque usted no hubiese sido el hombre de la serie de Marco Polo.

A. - ¿Amor a primera vista o qué?

Z. - ¡Oh, no! Si yo me enamorara de un hombre, no me casaría con él jamás: podría hacerme tan desdichada... Pero en usted había algo, no sé exactamente qué, pero que me hacía presentir que estaría a mis anchas con usted en la casa; y entonces, podría enamorarme del hombre que me gustara sin temor a hacer el ridículo. Supongo que debe ser porque usted es uno de esos hombres tranquilos que no corren detrás de las mujeres.

A. - ¿Cómo sabe que no corro detrás de las mujeres?

Z. - Ya que quiere saberlo, le diré que lo sé porque no corrió detrás de mí. Quizás usted no lo crea: pero los hombres me persiguen.

A. -¿Por qué?

Z. - ¡Oh! ¿Acaso lo sé? Ellos mismos lo ignoran. Pero es increíble la cantidad de dinero que gastan en cosas que no necesitan nada más que para venir a echarme una mirada y a cambiar una palabra conmigo. Eso, vale por lo menos veinte libras anuales para el negocio.

A *(calándose los anteojos y mirándola atentamente por primera vez).* - Yo no la llamaría a usted una mu jer bonita.

Z. - ¡Oh, no lo soy! Pero me consideraría apetecible... ¿verdad?

A *(alarmado).* -No, no lo creo. ¿Me permite que me explique? Soy un hombre de letras y un caballero.

Estoy habituado a tratar con damas y por lo tanto a hablar con ciertas reservas bien entendidas que les sirven de protección necesaria a ambas partes. Usted no es una dama: es una provinciana; pero alguien la ha educado -probablemente la Iglesia o la autoridad local- hasta tal punto que puede impresionar a los viajeros poco observadores e incautos. Usted ha recibido lecciones al hablar por teléfono que le han dado una articulación distinguida: puede decir "treees ciiiinco nuuueve" en vez de "tres cinco nueve". Pero no ha asimilado ninguna de las reticencias. Dice lo que piensa. Anuncia todos los planes que ocultan las mujeres bien educadas. Juega con las cartas sobre la mesa en vez de guardarlas donde debe esconderlas una mujer: bajo la manga.

Z. - Bueno ... ¿Y qué se pierde con eso?

A. - Nada. Todo lo contrario. Pero me siento empujado.

Z. - ¿Qué quiere decir con eso?

A. - Empujado. Precipitado. Llevado a extremos a los cuales no me proponía llegar.

Z. -Bueno. Por lo menos, eso lo lleva a alguna parte... ¿no es así?

A. - Sí, pero... ¿Adónde?

Z. - Aquí. En eso, no hay misterio. Lo lleva aquí, a una buena despensa de pueblo, un lugar tranquilo donde estoy yo para administrarlo bien y cuidar de usted.

A. - ¿Me permite preguntarle qué incluye esa expresión "cuidar de usted"? Déjeme hablar con claridad sobre ese punto. A decir verdad, poseo una pequeña finca que podría vender por una suma suficiente para pagarle una renta vitalicia a la vieja señora Williams...

Z. - Ward.

A. - Creo tener lo suficiente para pagarles una ren

ta vitalicia tanto a la señora Ward como a la señora Williams, ya que ambas son presuntamente centenarias. Pero... ¿por qué he de complicar la transacción casándome con usted? Podría pagarle

su jornal actual...

Z. - Mi sueldo.

A. - Perdón: su sueldo. Usted conservará su trabajo como vendedora mía.

Z. - Ayudante.

A. - Perdón: ayudante. Por lo tanto, puede tomar sus propias medidas para casarse y déjeme tomar las mías.

Z. - ¡Oh, las tomaré, no le quepa duda! Confíe en eso.

A. - Discúlpeme: agregue "y déjeme tomar las mías". ¿Puedo confiar en usted para eso, también?

Z. - Bueno, ya lo veremos.

A *(con firme enojo).* - No, no lo verá.

Z. - Entonces... ¿qué?

A. - No sé qué. No quiero comprometerme. Veremos.

Z. - Eso es: veremos. ¿Trato hecho?

A. - No: por cierto que no es trato hecho. Cuando entré a esta despensa hace media hora, no tenía la menor intención de comprar una despensa de pueblo o de casarme con una soltera rústica o cualquiera de las otras cosas que usted me ha metido en la cabeza. ¿Ha leído la fábula de la araña y la mosca?

Z. - No, pero yo acostumbraba entonar una canción llamada la madreselva y la abeja.

A *(resueltamente).* - Buenos días. *(Se dirige hacia la puerta.)*

Z.- *(siguiéndolo, con la bolsa de cuerda).* -Olvida usted sus cosas.

A *(tomándola).* - Gracias.

Z. - Muchas gracias.

(Ella lo tienta a besarla.)

A.- ¡¡¡No!!! *(Sale, dando grandes zancadas.)*

TERCERA CONVERSACIÓN

A es ahora el propietario de la despensa y Z su ayudante a sueldo. El mostrador ha sido provisto de un escritorio en el otro extremo y junto a la sección correos. A está sentado escribiendo junto a él. Viste unos pantalones color pimienta de corte rural y un delantal. Está en mangas de camisa y tiene el aspecto de un despensero cabal. Z entra por la oficina de correos, muy fresca y

matinal.

Z. - Buenos días, patrón.

A. - Buenos días, esclava.

Z. -Todavía no he empezado a trabajar como una esclava. Usted está aquí desde hace media hora, ya. ¿En qué diablos trabaja tan de firme?

A. - Estoy haciendo mi balance.

Z. - ¡Oh, no necesita hacerlo! De eso se encarga el tenedor de libros de Salisbury cuando calcula el impuesto a los réditos. Se supone que usted no tiene por qué hacer cifras en este pueblo. ¡Imagínese a la vieja señora Ward haciendo eso!

A. -Cuando le compré este negocio a la vieja señora Ward por una renta vitalicia, descubrí que era mucho más hábil para las cifras que yo. Debió ser prestamista.

Z. - Lo fue. Prestaba un chelín con un interés de un penique semanal.

A. - Eso debía de significarle entre el cuatrocientos y el quinientos por ciento anual. Algo que habría hecho sonrojar a Shylock.

Z. -¿De qué sirve eso si uno tiene que vender a crédito en la despensa y luego prestarles dinero a los clientes para que le paguen a uno?

A. - La señora Ward debió de haber ido a Ginebra. Las finanzas internacionales habrían sido su atmósfera natural.

Z. - Eso ya es demasiado refinado para mí. De cualquier modo, no tiene por qué preocuparse del balance. El tenedor de libros lo hará por usted.

A *(levantándose y blandiendo orgullosamente el balance al abandonar el mostrador para salir a la parte pública de la despensa).* - Esto no es el balance de un tenedor de libros: es el balance de Robinson Crusoe.

Z *(siguiéndolo).* - ¿Qué es eso?

A. - Crusoe redactó un balance de las ventajas y desventajas de estar abandonado en una isla desierta. Yo estoy abandonado en un pueblo de Wiltshire Downs. Redacto un balance análogo. Le propongo leerle lo que tengo hecho. *(Toma una de las sillas para los clientes.)* Puede recordarme cualquier cosa que yo haya olvidado.

Z. - Veamos. *(Toma la otra silla.)*

A. - Comenzaré por el haber.

Librodot

Z. - ¿Su haber?

A. - No, el haber medio de los almacenes del pueblo.

Z. - ¡Oh! Es usted tonto, patrón.

A. - La observación es irrespetuosa. Por lo tanto, una esclava no debiera hacérsela a su patrón. Le aumenté el sueldo al contratarla como ayudante, dando por sobrentendido que nuestras relaciones serían totalmente convencionales y comerciales por su parte, aunque yo pudiera olvidarme a veces de mí mismo.

Z *(levantándose).* - Perfectamente: puede guardarse el balance: yo seguiré con la lista de llamados telefónicos.

A. -No hará nada de eso. Hará lo que le digo. Para eso le pago. Vuelva a sentarse. *(Ella se sienta.)* Ahora, escúcheme. *(Toma su original y lee.)* A propósito: he aguzado mis facultades y mejorado mucho en punto a observación y matemáticas.

Z. -¿No podría decirlo con menos palabras? ¿Qué significa eso?

A.-Significa que antes yo aceptaba siempre el dinero que me daban sin dignarme contarlo o tratar de calcular cuanto era. Ahora, puedo calcular y contar con mucha rapidez. Antes, yo no hacía distingos entre las clases de manteca y huevos. Para mí, un huevo era un huevo: la manteca era manteca. Ahora, hago distingos críticos de la mayor sutileza y los aprecio en base a dinero. Me veo forzado a admitir que el tendero es enormemente superior al hombre de la serie de Marco Polo y que he aprendido más en tres meses en esta despensa que en tres años en Oxford.

Z. -No puedo creer lo que me dice sobre su ilustración. Pero... ¡mire cómo han mejorado sus modales!

A. - ¡¡Mis modales!!

Z. - Sí. En aquel barco, usted no quería hablar con nadie; y si alguien se le acercaba, se replegaba sobre sí mismo como un erizo, temiendo que ese hombre no perteneciera a su clase y quisiese hablarle sin serle presentado. Ahora, es un placer oírle decir "Buenos días y... ¿en qué puedo servirla, señora Burrell?" y "¿Se ha fijado hoy en las coliflores, señora? ¡Ni pizca de helada sobre ellos!" y "Si quiere, hoy los espárragos están muy sabrosos, si quiere algunos".

A.-Niego positivamente que yo haya llamado jamás espárragos a los espárragos al hablar con un cliente culto. Desde luego, cuando la gente es harto ignorante para conocer los nombres de los alimentos que comen, el asunto cambia.

Z- Bueno. Bueno. De todos modos, sus modales han mejorado... ¿verdad?

A.-Lo ignoro. Sé que ya no son desinteresados y sinceros.

Z.-No más de lo que acostumbraban ser. Usted nunca estaba a sus anchas con nadie. Ahora es un hombre sociable y es bien recibido, podría decirse, por todos.

A. -El mundo se ha convertido en un mundo de clientes. Permítame escribirle eso. *(Garabatea sobre el dorso de su balance.)* "Los modales nunca serán universalmente buenos hasta que cada persona sea el cliente de todas las demás."

Z. - Usted no es todavía un comerciante de verdad, patrón. Lo único que quiere, es encontrar algo inteligente que escribir.

A. - ¿Por qué no? Encuentre suficientes cosas inteligentes que decir y será primer ministro. Escríbalas y será un Shakespeare.

Z. - Sí, pero... ¿quién quiere ser un primer ministro o un Shakespeare? Hay que ganarse la vida.

A. - ¿Acaso no me la gano? No soy más pobre que cuando compré la despensa.

Z. - Pero si el dinero se va con tanta rapidez como cuando viene, usted no podrá ahorrar nada.

A. - Detesto el ahorro. Agria el carácter. "Arroja tu pan sobre las aguas y volverá a ti dentro de muchos días."

Z. - ¿Y cómo hará usted para vivir muchos días sin nada que comer?

A. - Lo ignoro. Pero eso se consigue. Basta de hacerme preguntas y sigamos con el balance.

Z. - Hablo por su bien.

A *(levantándose, irritado).* - Esa es la libertad más ofensiva que puede tomarse quizás un ser humano con otro. ¿Qué le importa eso?

Z *(levantándose y enfrentándolo).* - Si no quiere pensar, alguien debe hacerlo por usted. Eso me importa tanto como a usted mismo.

A. - ¡Ah! ¿De veras? ¿A quién le pertenece esta despensa?

Z. - Yo me gano la vida con ella... ¿no le parece? Si se cierra... ¿qué será de mí?

A. - Si a eso vamos ... ¿qué será de mí? Usted puede conseguir otro empleo. Pero dudo mucho de que alguien me proporcione uno. *(Calmándose.)* ¿No se puede dar por satisfecha con la circunstancia de que el negocio está dando lo suficiente para mantener a dos personas? *(Vuelve a sentarse.)*

Z. - Sí, pero... ¿y si la despensa tuviera que mantener a tres?

A. - ¿Por qué habríamos de suponerlo? No tiene que mantenerlas: eso es todo.

Z. - No es todo. Si usted se casa con una extraña, seremos tres. ¿Y los niños?

A. - El remedio es sencillo. No me casaré.

Z. - Usted no lo sabe.

A. - Usted tampoco.

Z. - Sí que lo sé. Usted se casó una vez y volverá a casarse. Alguien lo atrapará. Usted es un hombre de esos.

A. -Si una mujer me atrapa, tendrá que afrontar las consecuencias. Deberá ayudarme en la despensa. Y a usted, la despediré.

Z. - ¡Oh! ... ¡Qué fastidioso es usted! *(Se sienta, desalentada.)* Pero comprende mi intención, de todos modos.

A. -No. ¿Qué intención?

Z. - Que, en realidad, es más barato mantener a una esposa que pagarle a un ayudante. Además, uno no tiene que vivir solo.

A. - Uno puede desembarazarse de un ayudante si no le conviene. Pero no puede librarse de una esposa.

Z. - Si la gente pensara así, nunca se casaría.

A. - Precisamente.

Z. - En esta vida, hay que correr riesgos.

A. - Los he corrido y me he salvado.

Z. -No se salvará aquí. Aquí, no aceptamos solteros.

A. - Ustedes no pueden vivir sin un almacén de ramos generales y una oficina de correos. Mientras tengan ambas cosas, mi posición estratégica es inexpugnable.

Z. -Bueno, no me gusta decirlo; pero la verdad

es que la gente está empezando a hablar.

A. - ¡Empezando! ¿Cuando dejará de hacerlo?

Z. - Oh ... Es inútil hablar con usted.

A. - Completamente inútil.

Z. - Está bien. Entonces, le anuncio que dejaré el empleo dentro de un mes. *(Se levanta.)* A. - ¡De un mes!

Z. - Sí. De un mes.

A. - ¡Se irá dentro de un mes porque me niego a casarme con alguna ridícula solterona de aldea o una viuda analfabeta con quien no podría sostener un momento de conversación!

Z. - Las esposas no están para conversar: eso es para los visitantes. Usted ya ha conversado mucho conmigo.

A. - Manténgase al margen de esta plática, por favor.

Z. - Oh, está bien. Me iré dentro de un mes.

A. -No vuelva a decir eso. Es una tontería. ¿De qué se puede quejar? Está muy cómoda aquí. Le pago deliberadamente diez libras anuales más de lo que podría ganar en cualquier otra parte.

Z. - ¿Por qué?

A. - ¿Qué quiere decir con eso?

Z. -¿Por qué me paga diez libras más que lo que le daría a otra ayudante?

A. - ¡Vaya uno a saber!

Z *(furiosa).* - Me iré hoy mismo. Me iré ahora mismo. Puede ahorrarse mi mes de sueldo. Usted no sabe cuando prospera. Es egoísta. No me extraña que su esposa haya muerto. ¿Se volvió loca?

A *(con tono grave).* - A decir verdad, sí. Soy uno de esos hombres infortunados que extraen la bolilla infausta en la lotería del matrimonio.

Z *(con remordimiento).* - Oh, yo no lo sabía: de veras que no lo sabía. Sólo bromeaba. *(Vuelve a sentarse.)* No lo habría dicho por nada del mundo de haberlo sabido.

A. - No importa: ya sé que no lo dijo con intención. Por lo demás, hice una observación desconsiderada que la ofendió. No me lo proponía. Debí decirle seriamente que le pago diez libras más que lo que se paga en plaza porque aprecio sus servicios en la despensa y quiero ofrecerle todas las tentaciones posibles para que se quede aquí para siempre.

Z. - ¡Diez libras extras para quedarme aquí durante todo el resto de mi vida como soltera!

A. - No necesariamente. Puede casarse, si quiere.

Z. - ¿Con quién?

A. - ¿Con quién? Oh, con cualquiera.

Z. - Cualquier hombre del pueblo es lo bastante bueno para mí, pero ninguna mujer del pueblo es lo bastante buena para usted. ¿Verdad?

A. -No vuelva a enfurecerse.

Z. -Me enfureceré si me da la gana. Y si usted supiera qué poco me faltó para intercalar un par de palabras extras, comprendería quizás que una mujer necesita en la vida algo más que un empleo y un sueldo.

A. - Lo sé perfectamente. Hay algo que buscamos todos cuando somos jóvenes.

Z. -¿Qué, si puede saberse?

A. - Los enredos, la aventura, las privaciones, las preocupaciones, el desengaño, la duda, el dolor, el peligro y la muerte.

Z. - Yo no, gracias. Lo único que quiero es un marido y las consecuencias usuales.

A. - Es lo mismo. El matrimonio es la forma pueblerina de todas esas aventuras.

Z. - ¡Oh! ¿Por qué no mirará usted la vida de una manera más risueña?

A. - He aprendido a no esperar demasiado de la vida. Es el secreto de la verdadera alegría, porque ahora recibo agradables sorpresas en vez de desolados desencantos.

Z. - Pues su segundo casamiento quizás sea una agradable sorpresa... ¿no le parece?

A. - ¿Qué entiende usted, exactamente, por mi segundo casamiento? Sólo me he casado una vez.

Z. - Míreme. ¿Hay en este pueblo algún hombre adecuado para mí ahora que me he acostumbrado a usted?

A. - Querida, todos los hombres son iguales.

Z. - Usted querrá decir que tanto me dará con quien me caso.

A. -Temo que será poco más o menos lo mismo.

Z. - Y las mujeres también son todas iguales ... ¿no es así?

A *(receloso).* - ¿Adónde quiere ir a parar?

Z. - Si no importa con quien se casa cualquiera, tanto da a quien me caso yo y a quien se casa usted.

A. - Con quien, no a quien.

Z. - Oh, hable como es debido: ahora, no está hablando por teléfono. Lo que quiero decir es que, si no le importa a usted, tampoco me importa a mí.

A. - ¿Reconoce, pues, que eso no importa?

Z. - No. No lo reconozco. Es mentira.

A. - ¡Oh!

Z. -Nada de "oh" conmigo. Todos los hombres no son iguales para mí. Hay hombres -y buenos hombres, por lo demás- a los cuales yo no les dejaría tocarme. Pero cuando lo vi a usted a bordo me dije "Yo podría soportarlo".

A. -Nada de eso. Usted acaba de confesarme que dijo algo totalmente distinto. Creo que, en realidad, dijo algo mucho más extático. Como soy un hombre bastante inútil, atraigo a las mujeres fuertes como usted.

Z. - Cuando usted me miró a hurtadillas -miraba a todas las mujeres a hurtadillas a pesar de dominarse tanto-, ¿se dijo alguna vez "Yo podría soportarla"?

A. - No. Me dije: "Maldita mujer: me hablará sin cesar e interrumpirá mi trabajo."

Z. - Bueno. Ya le dije que estábamos hechos el uno para el otro. Quizás eso no sea aún tan claro para usted como para mí; pero si es claro para mí, debe de ser cierto: porque nunca me equivoco cuando veo con claridad. Creo que usted no habría comprado este negocio, dejando de ser un caballero, si yo no hubiera estado aquí.

A. - Ahora que lo menciona, creo que es cierto. Usted era una de las diversiones de esta finca.

Z. - Pues también podría ser una de las diversiones de la finca del sagrado matrimonio... ¿no le parece?

A. -Tenga cuidado. Quizás descubra que lo que trata de hacer es más fácil de lo que supone. Un cinco por ciento de la especie humana, poco más o menos, está formado por gente adquisitivamente dominadora como usted, a la cual obsesiona alguna pasión que necesita complacer a toda costa. Los demás, que se salgan con la suya, porque no tienen la fuerza ni el valor necesario para resistir, o porque las cosas que quieren los dominadores parecen unas bagatelas junto a los cielos estrellados y el destino del Hombre. Yo no soy un dominador. No vale la pena de casarse conmigo. Cualquier mujer podría conseguirlo si se tomara la molestia.

Z. - Es lo que temo. Si yo lo perdiera de vista por un mes, acaso lo encontraría casado con otra. Bueno, no quiero correr riesgos. No me propongo dominar: me gusta tan poco la gente egoísta y dominadora como a usted; pero debo conseguirlo y lo conseguiré. Y eso es todo lo que tengo que decir.

A. - Pues ya me tiene... como patrón. Y es independiente de mí y puede abandonarme si no está conforme.

Z. - ¿Cómo podría estarlo si no me es posible Ponerle las manos encima? Trabajo para usted como una esclava durante un mes ininterrumpido: y, si fuera su esposa, tendría que trabajar más; pero en ocasiones me dan ganas de aferrarlo entre mis brazos; y cuando lo haga, le daré algo mejor en que pensar que en los cielos estrellados, como usted los llama. Descubrirá que tiene sentidos a los cuales complacer tanto como cosas hermosas que decir.

A. - ¡Sentidos! Usted no sabe de qué está hablando. Mire a su alrededor. Aquí, en este negocio, tengo todo lo que es susceptible de complacer a los sentidos: manzanas, cebollas y pastillas ácidas; pimienta y mostaza; cómodos cobertores y botellas de agua caliente. A través de la

Librodot

ventana, deleito mis ojos con el espectáculo de la vieja iglesia y el mercado, construidos en los tiempos en que la belleza surgía con toda naturalidad de las manos de los artesanos medievales. Mis oídos están llenos de sonidos deliciosos, desde el arrullo de las palomas y los zumbidos de las abejas hasta las melodías de Beethoven y de Elgar trasmitidas por la radiotelefonía. Mi nariz puede husmear con placer nuestra bolsita de fresca lavanda o nuestra agua de colonia especial de seis peniques cuando se me niega el olor de la lluvia sobre la tierra seca. Mis sentidos están saturados de toda clase de satisfacciones. Pero cuando estoy harto de cebollas y pastillas ácidas, cuando me sacia tanto la arquitectura medieval que preferiría morir a mirar otra catedral, cuando sólo deseo descansar de la sensación... ¿de qué me servirán mis sentidos si los estrellados cielos ya no me parecen más que una avalancha sin sentido de fragmentos de piedra y estelas de gas..., si el destino del Hombre no le brinda más esperanzas que la extinción y aniquilamiento finales de un ser tan perverso y mísero?

Z. - Aquí, todo eso no nos preocupa.

A. - Sí que los preocupa. Nuestro libro local de más venta es el Almanaque de Old Moore; e inmediatamente después, figura el Libro del Destino de Napoleón. La vieja señora Ward nunca me habría vendido este negocio si no estuviera convencida de que el Día del juicio está fijado para el siete de agosto próximo.

Z. - No creo en esas tonterías. ¿Qué tiene que ver todo esto con usted y conmigo?

A. -Usted es inexperta. No lo sabe. La engañan palabras irreflexivas tales como sensualidad, sensibilidad y todos los demás disparates de los materialistas. Yo no soy un materialista: soy un poeta; y sé que estar en sus brazos no complacería para nada mis sentidos. Como simple sensación física, usted descubrirá que los contactos corporales que espera no son convenientes ni decorosos.

Z. - Oh, no hable así. No debe pensar así en esas cosas.

A. - Usted debe pensar siempre así en todo. Y debe pensar siempre en todo tal como es, no tal como se dice que es. Su charla de segunda mano sobre la complacencia a mis sentidos sólo revela su virginal inocencia. Huiremos por completo del mundo de los sentidos. Encenderemos el uno para el otro una lámpara en el sanctasanctórum del templo de la vida y la lámpara hará trasparente su velo. Los fragmentos de piedra sin rumbo que vagabundean por el espacio se convertirán en estrellas que cantarán en sus esferas. Nuestra aburrida existencia pueblerina se trocará en una finalidad irresistible y no será otra cosa. Nos invadirá un placer extraordinario y un

amor intenso. Eso durará apenas un poco más que el relámpago que convierte la negra noche en deslumbramiento infinito. Volverá a oscurecer antes que uno pueda alejar la luz de sus ojos; pero habrá visto; y entonces, pensará eternamente en eso y no dirá frases inventadas por las vírgenes consumidas que vagan por las tinieblas. Sentimos que si debemos abrazarnos -y nos abrazaremos- mutuamente, es para proporcionarnos ese momento mágico; y cuando llegue ese momento, el mundo de los sentidos desaparecerá; y no nos quedará nada de ridículo, nada de incómodo, nada de impuro, sólo un paraíso.

Z. - Pues me alegro de que usted pueda encarar tan agradablemente el asunto; porque ahora que pienso en ello, me resultaría insoportable ser para un hombre un simple caramelo. Pero usted no debe esperar más.

A. - Esperaré más de lo que usted haya soñado jamás con dar, a pesar de la audacia sin límite de las mujeres. ¿Qué grandes hombres se habrían casado si las hembras insignificantes que los atraparon hubiesen comprendido lo enorme de su soberbia? Creo que todas esperaban refinar y educar a sus maridos, convertirlos en auténticos caballeros. ¿Qué se propone usted hacer de mí, digo yo?

Z. -¿Acaso no lo he convertido ya en un despensero decente? Pero no tiene por qué temer que no lo apreciaré. Quiero un marido distinguido, no un patán que podría pescar cualquier mujer. Me enorgulleceré de usted. Y ahora que lo he atrapado, me asombra mi propio coraje.

A. - Y a mí, también.

Z. -En realidad, no soy así ni mucho menos ... ¿sabe? Me empujó algo superior a mí. Por eso sé que todo irá bien. No tema. No puedo echar un bonito discurso sobre eso como usted; pero todo irá muy bien. Se lo prometo.

A. -Perfectamente. Vaya sin más a la rectoría y haga preparar las amonestaciones. Y dígale a la esposa del párroco que tenemos esta mañana unas alcachofas de primer orden. Le gustan las alcachofas.

Z. - ¿Está seguro de que se siente feliz, ahora?

A. -No sé cómo me siento. Vaya y haga lo que le digo y no me formule preguntas ridículas.

(Suena el teléfono. Ella se apresura a atenderlo.)

Z. - ¿Número, por favor?... Ah, un pedido. Muchas gracias... Sí ... Esta mañana, precisamente, tenemos unas alcachofas espléndidas... Muchas gracias; se las enviaremos inmediatamente. Ah... Y hay algo más ... ¿Está usted ahí? ... Lamento demorarla. ¿Podría hablar con el párroco?... Sí: es

Librodot

un asunto particular. Se trata de amonestaciones ... amonestaciones ... AMONESTACIONES... Sí, amonestaciones, eso es ... ¿Quiénes son qué? ¡Ah, los contrayentes! Desde luego... Bueno, se trata de...

TELÓN

EN EL ESTRECHO DE SONDA, 27 de enero de 1933.